

El Super-Estado

Juan F. Bendfeldt

En contraposición a quienes han descubierto que los intereses del Estado y los de la sociedad no son los mismos, sino antagónicos entre sí, están los que exaltan al Estado como la más grande creación del hombre. Y tal vez en cierto sentido esto es verdad; el Estado ha adquirido dimensiones singulares, casi inexpugnables, como un aparato de continua expoliación. La fórmula de **Friedrich Hegel** (1770-1831) de que **«El Estado encarna en la Tierra el Diseño Divino»**, eleva a dogma tan siniestra creación, la que se ha convertido en enseña de nuestros tiempos. Cuando **Adolf Hitler** (1889-1945) en sus discursos gritaba **«El Estado domina a la Nación porque solamente éste la representa»**, emulaba a Hegel y a **Johann Fichte** (1762-1814). Este último escribió: **«El Estado es el poder supremo, último y más allá de cualquier apelación, absolutamente independiente»**.

Con el pasar del tiempo, si el Estado logra el difícil balance entre supuestos beneficios sociales a cambio de su costo para no exacerbar los ánimos de los que son despojados las nuevas generaciones van aceptando el aparato estatal como un hecho preexistente, incuestionable. Lo difícil es mantener ese balance del engaño; como lo señaló **Lord Acton** (1834-1902) **«el poder corrompe, y el poder absoluto corrompe absolutamente»**. ¿Por qué? Cuando el interés por mantener el balance es del Estado, también está en sus manos la iniciativa para romperlo, lo que invariablemente sucede. En su obra **«El Hombre vrs. El Estado»**, el filósofo **Herbert Spencer** (1820-1903) describió este proceso degenerativo del Estado: **«A medida que avanza la intervención (estatal), más se robustece la idea de su necesidad y con más insistencia se pide su expansión. Cada nueva reglamentación trae consigo el nombramiento de nuevos funcionarios, un crecimiento de la burocracia y el aumento del poder de los organismos administrativos» (estatales)**. El que descubre la verdad en las sentencias de Lord Acton y de Herbert Spencer, se da inmediatamente cuenta que, por el camino del Estado el camino de la expoliación, invariablemente nos topamos con el Estado Totalitario y no con la ansiada felicidad. Pero, ese no es el final del camino.

La concepción socialista irrealizable de Marx y de los demás románticos pensadores políticos del siglo XIX, en nombre de quienes se ejerce el poder social usurpado hoy día en una gran cantidad de países del globo, ha también sido apropiada y transformada por el aparato estatal.

El escritor comunista yugoslavo **Milovan Djilas**, quien tuvo que sufrir prisión por criticar al estado soviético, en su libro **«La Nueva Clase»**, en 1957 denunciaba: **«El comunismo contemporáneo no es solamente un partido de determinado tipo, o una burocracia que ha surgido del monopolio de la propiedad y de la excesiva interferencia gubernamental en la economía. Más que nada, en su aspecto esencial el comunismo contemporáneo es la nueva clase de dueños y explotadores»**.

El reciente libro **«La Nomenklatura»**, de **Mikhail Voslensky** un prominente historiador soviético que enseñaba en la Universidad Patricio Lumumba de Moscú, hasta 1977, año en que fue exiliado de su patria como «disidente» describe cómo hasta el Estado Socialista ha sido dominado por lo que yo llamo el Super-Estado y los rusos llaman: «La Nomenklatura». Este es el nombre que los siervos rusos le han dado a la nueva élite dominante que ha usurpado, no el poder social libremente delegado que nunca ha existido en Rusia, sino el poder que por diseño han concentrado en el aparato del Partido Comunista.

Ya no son los amantes de la libertad y los defensores de la libre cooperación quienes más duramente critican lo que ha sucedido tras la cortina de hierro; ahora lo hacen los pocos Marxistas teóricos que aún quedan y los socialistas, que sólo lo son de nombre y ya ni se molestan en ocultar su aburguesamiento de hecho ante la triste realidad de la praxis. El Super-Estado es el Estado dentro del Estado. Es la burocracia instituida en el poder, siempre buscando la forma de heredar sus privilegios a sus hijos y parientes, encontrando mil y una maneras de justificar su necesidad ante la vista de los oprimidos productores. Ha habido quienes le llaman «La Clase Parásita».

Voslensky se refiere así a la Nomenklatura: **«El inicio de la actividad económica de la Nomenklatura no fue bajo el escudo protector de la acumulación primitiva, sino bajo el de la expropiación primitiva». «A la nomenklatura no le interesa la producción de bienes o servicios para la satisfacción popular, ni el establecimiento de industrias al azar. Los Nomenklaturistas son fanáticos, no de la industrialización, ni del lucro, sino del poder. Su principal interés en la economía es usarla para su consolidación y máxima extensión de su poder, por lo tanto, concentra su esfuerzo en la producción que le permita lograr este propósito».**

Esta fatal tendencia no es ideológica. El mismo fenómeno fue objeto de análisis en los dos estudios más cínicos que se han hecho sobre el comportamiento de la jerarquía burocrática. Yo recomiendo su lectura a cualquiera que se quiera reír un rato de la tragedia más grande que agobia a la humanidad. Uno es **C. Northcote Parkinson** y su **«Ley de Parkinson»**; el otro es **Lawrence Peter**, formulador del **«Principio de Peter»**. Parkinson formuló su «Ley» basado en la observación de un fenómeno insólito: Al mismo ritmo en que la Armada Real Británica reducía sus buques y su personal de a bordo, misteriosamente los oficiales y el aparato burocrático de tierra se multiplicaba sin explicación.

Parkinson explica cómo, en lo que llamó «La Pirámide Creciente» que no es sino la burocracia en una organización jerárquica el trabajo crece con el solo propósito de llenar el tiempo disponible. De esto derivó dos axiomas: a) Que al funcionario que está arriba, en cualquier punto de la pirámide, no le interesan rivales en el mismo nivel, sino la multiplicación de sus subordinados; y b) Que los funcionarios públicos inventan trabajo para justificarse.

Peter descubrió por qué cuanto más rígida es la organización de la pirámide jerárquica lo que se requiere para mayor control del poder todo sale mal. Si la pirámide se dedica a actividades productivas, éstas se realizan con resultados lastimosos y grandes pérdidas sociales. Su principio explica cómo es que, en la pirámide estructurada en una jerarquía rígida, todos los burócratas van ascendiendo hasta quedar situados en los puestos para los que demuestran su máxima incompetencia. ¡Y allí se quedan!

Cualquier semejanza entre lo que describe Djilas, Voslensky, Parkinson o Peter, y lo que sucede aquí, y ha acontecido desde tiempos inmemoriales en todo el mundo, NO ES UNA CASUALIDAD. Es el camino de la expoliación que conduce al Super-Estado; siempre adaptándose a los escollos de los tiempos y a las vueltas de las circunstancias, usando el nombre que la historia le haya puesto en ese momento.

En la medida en que se logre evitar la institucionalización de esta fatal tendencia, se podrá evitar que la felicidad de unos sea la causa de la desdicha de otros.

Solamente el camino de la libre cooperación, a través del poder social delegado pero limitado, conduce a la oportunidad para la satisfacción de todos y a la felicidad. La razón principal para ello radica, no en una teoría sofisticada e incomprensible y altamente respetable, sino en una verdad tan sencilla, clara y evidente que nos rehusamos a verla con nuestra maldita arrogancia intelectual.

Lo que nos satisface y lo que nos permite alcanzar la felicidad, tiene primero que haber sido creado, producido y estar disponible para nuestro posterior consumo. La ruta de los caminos de la apropiación de lo ajeno y de la expoliación por medio del poder del Estado olvidan esto, y se concentran en la redistribución de lo que producen otros, aun cuando sea en grado distinto. Estos caminos nunca han resuelto el problema de la producción la creación de bienestar material ni lo podrán hacer. Y esa es la clave.

Solamente hay un camino que logra resolver en paz, eficazmente y de forma duradera los problemas de la producción y de la distribución. Como lo anunció **Thomas Jefferson** (1743-1826): **«Las cosas que contribuyen a la felicidad del hombre se producen en grandes cantidades cuando el intercambio no es entorpecido por regulaciones, impuestos y prohibiciones»**. El filósofo escocés **David Hume** (1711-1776) aseguró que **«la felicidad no consiste tanto en la abundancia de bienes como en la posibilidad de gozarlos en la paz y seguridad de su posesión; y estos beneficios sólo pueden provenir del buen gobierno»**. Hume obviamente utilizó la frase «buen gobierno» para referirse al gobierno limitado y contraponerlo al «mal gobierno»: el Estado expoliador.

El padre del Milagro Económico Alemán de este siglo, **Ludwig Erhard**, (1897-1977) escogió el camino de la libre cooperación. Su punto de vista respecto a la función del Estado en la producción es claro: **«Allí donde la función del mercado es sustituida por la actuación de los funcionarios, y la libre competencia por la burocracia dirigista, desaparecen las oportunidades para mejorar y progresar. En este caso, llegará a su fin el bienestar social y el bienestar individual»**.

Es por el camino de la libre cooperación por el que se logra la acumulación de bienes, lo que incide en una mayor satisfacción general. La cooperación e interdependencia que se desarrolla producen una extensa división del trabajo, resultan en el mejor aprovechamiento de las desigualdades naturales, generan una gran diversidad de nuevos y distintos bienes y servicios para nuestra satisfacción, y en general aumentan la producción.